UN AMOR DE VIERNES

Danielle Atlas

Capítulo 1

1:El principio del fin

Me tomó un tiempo entender que en la vida las personas van y vienen pero cada una deja algo de sí en ti, para siempre.

Nunca creí en el destino como tal, pienso que son nuestras decisiones las que forjan el futuro y no una fuerza sobrenatural que rige al universo, sin embargo, cuando era niña escuché una leyenda japonesa que me dejó bastante intrigada: La del hilo rojo. Ya saben "Un hilo rojo conecta a aquellos que están destinados a encontrarse sin importar el tiempo, el lugar o las circunstancias. El hilo se puede estirar, contraer o enredar pero nunca se romperá". Con el tiempo, irónicamente, comencé a hallarle un sentido a aquella vieja leyenda y aunque no creo en ella del todo, he sacado la conclusión de que por lo menos sí hay personas en esta vida que deben encontrarse aunque su "destino" no sea estar juntos.

No culpo a la vida ni al destino por haber conocido a Alex para posteriormente perderlo, culpo a mis decisiones y a las suyas por hacer que algo tan sencillo se saliese de control. Todo hubiese sido tan distinto si aquel viernes hubiese llegado un poco más tarde que de costumbre, tal vez la vida sería mejor.

Aunque ese es sólo el principio del caos. En realidad conozco a Alex Schein desde que tenía doce años ya que era el vecino de mis tíos y hermano menor de Sally, la mejor amiga de mi prima. Incluso podría decir que era como parte de la familia sin embargo nunca me percaté de su presencia, debido a lo tranquilo y callado que solía ser, hasta que nos vimos enredados en un caótico viaje familiar.

El propósito de la travesía era celebrar el aniversario de mis tíos por lo que decidieron invitar a la mayor parte de la familia, amigos de esta e incluso uno que otro vecino, sí, a ellos les gustaban las fiestas en grande. Al principio pensaron en la posibilidad de que nos hospedáramos en un hotel pero luego quedaron en rentar unas villas a la orilla del mar.

Todo el mundo estaba emocionado empacando, buscando lugares de diversión cercanos e imágenes del lugar en Google. Todo el mundo excepto yo porque siendo honesta, no me agradaba la idea de estar atrapada en un lugar con tantas personas y no, no es que no me guste la idea de pasar tiempo de calidad con la familia, claro que me agrada, adoro a mi familia pero el problema radicaba en que no sólo estaría con ellos sino con amigos de mis padres y tíos como los Crane quienes tenían un insoportable hijo con el cual tenía una muy mala relación, además de que iría mi prima Heather, la reina abeja de la familia y odiosa a morir. Lo único que daba por seguro en ese viaje es que serían los tres días más

largos de mi vida.

Era viernes o más bien la madrugada del viernes, específicamente las 3:00.am. Nos levantamos para irnos a casa de mi tía Helen donde nos esperaba un transporte para llevar a todas las familias a aquella playa que quedaba a unas tres o cuatro horas de la ciudad y el propósito de la hora de partida era poder aprovechar el día al máximo o carpe diem, el lema de la familia.

Fuimos los primeros en llegar a casa de la tía Helen a dejar el coche aparcado en su garaje. Ella nos recibió en su casa, la cual era enorme, con mucha amabilidad mientras que mi tío Gustav terminaba de hacer sus maletas y mi prima Nina iba a la casa de al lado para buscar a Sally, su mejor amiga, y a su familia.

Mi tía Helen era una mujer de unos cuarenta y tantos, bajita de estatura, regordeta, de piel suave y blanca con las mejillas sonrosadas, el cabello castaño a la altura de los hombros y ojos color miel bajo sus redondas gafas doradas. Era una mujer adorable.

Se escuchó el claxon de un auto cercano, al ver por la ventana me di cuenta de que era el lujoso auto rojo de la señora Crane. Mi rostro de felicidad se convirtió en uno de desprecio automáticamente, mi madre se percató de ello.

—Quita esa cara— sugirió en un susurro.

Me levanté de la mesa, no quería estar ahí para cuando los Crane se acercaran a saludar a uno por uno.

—Tío Gustav ¿Puedo ocupar el baño?— le pregunté con el ceño fruncido como si realmente me urgiera ir.

—Claro hija, sabes que estás en tu casa— sonrió amablemente. Él era un hombre enorme, de piel sonrosada, cabello rubio cenizo y ojos verdes. En ese momento estaba algo ocupado con unas maletas.

Asentí de forma agradecida y subí las escaleras, no quería ir al de visitas ya que necesitaba ganar tiempo así que me dirigí al del cuarto de Nina y me encerré ahí. La pieza era amplia y elegante, tenía una regadera con canceles de cristal, un tocador maravilloso y lleno de cosméticos y productos de belleza, además de la taza y el lavabo. Oh, y anexado al baño estaba el ropero que era una habitación entera en la cual habían diversos compartimientos para accesorios y zapatillas, incluso había un pequeño sofá.

Me senté ahí y tomé mi celular para llamar a Howard, el mejor de los amigos del mundo, y la persona a la cual llamaba cuando estaba en el

clímax de un ataque de pánico o de estrés. No sé porque lo hacía o bueno sí sabía, es que su voz tenía algo. Algo que me calmaba y me hacía sentir bien, tal vez no era la más varonil del mundo pero era cálida y dulce o al menos lo era para mí, es raro lo sé pero supongo que es de esos datos perturbadores que me llevaré a la tumba.

—Son las tres de la mañana, mujer. Respeta el sueño ajeno por favor— rogó con su voz ronca, era obvio que lo acababa de despertar. Había olvidado que eran las tres de la madrugada por un instante—¿Qué pasó?

—Tranquilo amargado, sólo quería despedirme— me levanté del sofá para caminar de un lado al otro de la habitación como cada vez que hablaba por teléfono. Escuché como reía débilmente.

—Kate sólo estarás fuera tres días, no tres años. Nos veremos de nuevo el lunes por la mañana y me pondrás al día de todas las locuras de tu familia y nos reiremos mucho de eso, como siempre— me animó con un tono más espabilado—Tranquila ¿Si?

—Estoy tranquilas es sólo que no quiero ir— resoplé apoyándome contra una pared para luego dejarme caer lentamente por ella.

—Katherine Foster eres la primera persona que conozco que rechaza la idea de pasar setenta y dos horas en una playa privada con la gente que quieres y otras personas a las que no quieres tanto—dijo incrédulo y yo suspiré agobiada. Nadie mejor que ese chico estaba al día de lo que pasaba en la familia pues era parte de ella, incluso lo invitábamos a los cumpleaños y a las fiestas que se armaban sin motivo aparente— La pasarás bien, ya lo verás y si las cosas se salen de control, estoy aquí.

—Eres el mejor, te…—"quiero", por un momento pensé en decirle "te quiero" pero no, me retiré a tiempo. Y no es que sea una inexpresiva o emocionalmente reprimida sino que las cosas no siempre van por el sentido. Sí, claro que quería a Howard y sentía (o suponía) que el cariño era correspondido de alguna extraña forma, de su forma. No era precisamente la persona más afectuosa del mundo por lo que decirle "te quiero" sería un boleto directo a que me contestase "gracias" o algo así en vez de "yo también" como esperaría que respondiera. Pero me daba igual, tal vez sólo quería querer a alguien y que el sentimiento fuese mutuo. Me di cuenta de que me estaba haciendo enredos en mi mente, de nuevo como todas las noches. Como sea, Howard y yo éramos buenos amigos y eso ya implicaba un sentimiento inmerso ¿no?

—¿Kate? ¿Sigues ahí?—preguntó después de un lapso de tiempo.

—Sí aquí estoy ¿Qué pasó?— moví la cabeza de arriba hacia abajo para terminar de reaccionar, la falta de sueño comenzaba a afectarme a mí

también.

—Ibas a decir algo.

—Ah sí, que te deseo dulces sueños— inventé rápidamente— Anda, tienes que descansar.

Howard bostezó.

—Buenas noches, Kate- dijo dulcemente antes de colgar.

Me levanté del piso y salí de aquella lujosa pieza para posteriormente bajar en la sala en donde ya se encontraban la mayoría de las personas que irían a la playa a excepción de mi prima Nina y sus vecinos.

Vislumbré a Eathan y Heather sentados en el sofá de la sala sacándose fotografías mutuamente para posteriormente subirlas a los estados de sus redes sociales, patético.

Heather era básicamente la chica perfecta de la familia: era hermosa, alta, delgada, de tez pálida y fina, tenía el cabello del color del oro, cejas escasas pero bien delineadas y ojos verde esmeralda, además de ello, Heather era una de las chicas más populares del colegio tanto que fue nominada a presidenta de la sociedad de alumnos y no sólo eso sino que también era lista y contaba con una calificaciones envidiables. La chica perfecta era mi malévola prima.

Eathan por otra parte no era nada mío, gracias al cielo, pero había compartido la mitad de mi vida con él como si fuera parte de mi familia ya que no sólo nuestros padres eran buenos amigos sino que estudiamos juntos desde el kínder hasta la actualidad, una pesadilla. Frente a nuestras familias somos amor y solidaridad pero estando solos es la guerra (Una vez lo pasé a ahogar con una almohada después de que él me empujó para que me cayese. Ja, buenos recuerdos de los nueve años). Él prácticamente es una versión de Heather pero más barato, es popular y tiene algo de cerebro debido a la presión que su madre le ha metido desde que es un niño pequeño, es por ello que siempre resalta pero últimamente le ha ido del asco. A nivel físico, es uno de los chicos más deseados de la escuela, no entiendo que le ven. Sí es alto, tiene un cuerpo relativamente "bueno" para un chico de quince años debido a su suscripción mensual al gimnasio, está ligeramente bronceado, su cabello rubio está mucho mejor tratado que el de algunas chicas, sus ojos son azul celeste, es un arrogante y tiene mucho dinero, sí, él es eso y más pero ¿Qué le ven de especial?

—Miren quién está aquí— entonó burlescamente Eathan mientras sonreía

bajando su teléfono— Katherine Foster, ven, siéntate con nosotros.

Era obvio que había adultos presentes.

—Tengo que ir con mi familia pero ya tendremos mucho tiempo de calidad en las cabañas— le seguí la corriente.

—¡Es cierto!- exclamó mirando a Heather con sorpresa y vigor— Por cierto, estaba pasando por un bar en el cual se estaban agarrando a golpes por un ajuste de cuentas y pensé en ti, digo porque tu juegas al póquer bastante bien.

—Ay que tierno, gracias—suspiré con dulzura. Pero la verdad es que me dieron ganas de contestar "La otra vez pisé caca de perro y me acordé de ti, digo porque tú eres como la caca de un perro"

Sentí como alguien me rodeaba con su brazo. Era la mamá de Eathan, una mujer atlética, bastante bronceada y con mil y una cirugías estéticas en la cara la cual estaba casi paralizada por todo el bótox que se inyectaba, me daba miedo.

—Ay mis dos niños, ustedes siempre tan lindos—dijo ella sonriendo, vaya que algunos adultos eran algo tontos, hasta mi hermano de tres años se da cuenta del odio y la tensión que se respira en el aire— ¿Sabes si falta alguien, cariño?— me preguntó y yo asentí.

—Sólo faltan los vecinos, ya sabe, la mejor amiga de Nina y sus hermanitos—le respondí y ella asintió.

—Agh lo que nos faltaba- Heather arrugó la nariz como si le diese asco alguna cosa en especial— Los nacos irán con nosotros.

—Bueno, ellos viven en una zona más privada que tú así yo que tú voy pensando bien las cosas antes de decirlas— le dije en voz baja para que nadie nos oyese antes de ir con mis padres de nuevo.

De la nada entró mi prima Nina junto con Sally, su madre y sus dos hermanos. Yo conocía a ese par desde los doce años, eran idénticos incluso llegué a pensar que eran gemelos pero Andrew era dos años mayor que Alex, eran un encanto de niños pero ahora incluso habían dejado a la bocona de Heather con boquiabierta.

No me impresionaban pero tenía que reconocerlo, no estaban mal. Andrew tenía el cuerpo de un dios griego (siempre quise decir eso) y un rostro algo tosco pero feo, feo, no era. Por otra parte había estirado bastante, no se veía mal pero apenas podía verlo ya que tenía una sudadera color vino con capucha que le cubría todo lo visible de la cintura

para arriba.

—Bueno ya estamos todos, creo que es hora de abordar— dijo mi tío y todo el mundo comenzó a recoger sus cosas para dirigirse al autobús. Salimos a abordar el transporte el cual me pareció la cosa más lujosa del mundo.

Tomé asiento junto a la ventana y a mi lado se sentaba mi hermana Krista quien apenas tocó el asiento cayó rendida en los brazos de Morfeo.

Me levanté a poner una mochila en la repisa para el equipaje que tenía la parte de arriba del bus. A unos asientos de distancia Alex hacía lo mismo ya que una de sus mochilas cayó al suelo. Él me miró a ver y nuestras miradas se encontraron por un instante, sonrió y levantó las cejas como un saludo de esos incómodos cuando ves a un conocido a la distancia pero no quieres acercarte a saludarle. Le devolví el gesto sin importancia.

Y así comenzó todo. En lo que sería el principio de un viaje de locos y con un saludo de extraños, un maldito saludo de extraños.